

Sobre la situación general de la lingüística

Eugenio Coseriu (†)

Universität Tübingen

En cierto sentido nos encontramos en una fase de ebullición y de progreso y al mismo tiempo en una realidad de crisis de la unidad de la lingüística. En el siglo pasado la lingüística todavía se presentaba como una disciplina unida. Había toda una serie de hechos admitidos en general por la mayor parte de los lingüistas y las disciplinas se distinguían después, de acuerdo a la especialidad de un campo, o con respecto a las diferentes lenguas, o con respecto a los dominios del lenguaje, de manera que alguien era, por ejemplo, romanista o germanista, eslavista, o bien se ocupaba de fonética o, sobre todo, de lingüística histórica, etc.¹

En nuestro siglo ha habido este desarrollo multiforme en la lingüística en varios sentidos, en varias direcciones, de suerte que un lingüista hoy, en primer término, o es idealista, o es estructuralista, o es generativista... Hoy importa el punto de vista teórico, la concepción, mucho más que el dominio de especialidad.

Esto llega hasta la terminología. El mismo término puede tener valor totalmente diferente de acuerdo con la concepción teórica, metodológica que se presenta. Por eso es mucho más difícil ahora dominar todo el ámbito de la lingüística. De suerte que yo aconsejo, en general, que se presente en la enseñanza, sobre todo al comienzo (en una introducción), aquellas pocas cosas que admiten más o menos todos los lingüistas y que más tarde, sólo para la especialización, se empiece a decir “desde el punto de vista generativo, así”; “desde el punto de vista estructural, así”, etc.

¹ Texto íntegro de una entrevista realizada por Elena Belletich al profesor Eugenio Coseriu (1921-2002), con motivo de una visita que realizó el doctor Coseriu a la Universidad de Piura. Se publicó aunque parcialmente en un periódico local en mayo de 1998, y en esta ocasión se publica en su totalidad en el aniversario por los diez años del fallecimiento del reconocido lingüista rumano.

Y siempre tratando de aplicar el principio al que yo llamo el principio del “antidogmatismo”.

Aplicar este principio significa dos cosas: entender primero que los hombres siempre han sido inteligentes y que siempre han sabido algo (los de buena fe, claro) acerca del lenguaje. Y considerar que, en general, en la ciencia de la cultura tenemos primero la tradición que, según Menéndez Pidal, ocupa el primer lugar en la cultura. Y sólo dentro de la tradición tenemos lo novedoso y hasta lo revolucionario, pero siempre de acuerdo con la tradición.

Yo voy algo más lejos y digo: quien dice sólo cosas nuevas no dice nada nuevo porque en realidad no corresponde a las inquietudes que tienen en general todos los hombres cultos acerca de los problemas de la cultura que son nuestros problemas como seres humanos.

En segundo lugar, hay que entender (yo trato de aplicarlo en mi actividad crítica) que en general y muy en particular en la ciencia de la cultura ningún error es sólo error sino que, debe contener, incluso en el error, algún núcleo de verdad, porque se trata de personas de buena fe. Debe haber alguna intuición verdadera que después ha sido quizá parcializada, desviada, etc. Hay que tratar de entender a cada una en lugar de rechazar cada concepción. Hay que tratar de entenderlo desde dentro y ver por qué presenta eventualmente confusiones con las que no podemos estar de acuerdo.

De aquí que, de acuerdo con la tradición sobre la que he hablado, he titulado uno de mis libros como: *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje*.² Todo lo que hay en la tradición (no en la reciente sino en la que viene muy de lejos) pertenece a nuestro “humus”, que usamos sin darnos cuenta. Estamos hablando con conceptos que han sido aclarados por primera vez por Aristóteles y por otros (de ahí que el primer capítulo de ese libro sea sobre Aristóteles).

Con respecto a lo segundo, la actividad crítica, trataba de ver en cada caso, qué quiso decir el autor y en qué sentido tiene razón, en lugar rechazar o decir por qué no la tiene y qué es lo falso. Se debe buscar y decir cuál es la parte de intuición certera, tratando de interpretar a cada uno con un sentido positivo. Si Bloomfield, por ejemplo, rechaza el significado, hay que entender por qué lo hizo, y en lugar de decir: no estoy de acuerdo en ello, y rechazar a Bloomfield, hay que entender qué es lo que hizo a pesar de esto. Y ver que lo que hizo se debe a una concepción que tiene de la ciencia. Tiene una concepción de la ciencia behaviorista, que

² Se publicó en la colección “Biblioteca Románica Hispánica” de la editorial Gredos en Madrid, 1977.

dice que sólo podemos decir con fundamento objetivo “aquello que vale en sentido intersubjetivo y que incluso una máquina bien hecha podría comprobar”. Esto implica que yo sé muy bien que la palabra significa; pero, ¿cómo lo sé? Lo sé por introspección. Pero no puedo referirme a la introspección, de acuerdo a tal concepción, tengo que dedicarme exclusivamente a lo que se comprueba de manera exterior. Y esto hizo Bloomfield.

No podemos decir que no nos gusta tal o cual autor, como el caso de Hjelmslev, porque “es todo un álgebra del lenguaje”. Se debe ver por qué, incluso a veces consultando la historia personal del lingüista. Hjelmslev mismo era el hijo de un matemático y trató de aplicar el método matemático, una concepción matemática al lenguaje.

Bloomfield, en cambio, se basa en la concepción de la ciencia como un objetivismo absoluto, que en el caso de la ciencia de la cultura no marcha. En la ciencia de la cultura, ser objetivo significa no tener miedo a advertir que la parte más importante no se encuentra afuera en el mundo sino que se encuentra dentro de la conciencia de cada uno.

En el caso de Hjelmslev al contrario: la concepción del objeto. Él entiende que lo propiamente lingüístico no es el pensamiento mismo, ni las cosas designadas, sino exclusivamente esta red formal de relaciones formales que establece el lenguaje. Entonces en lugar de decir que rechazamos a Hjelmslev porque es un error, si hay que rechazarlo, debemos rechazarlo, pero rechazando esta concepción del lenguaje: demostrando por qué ésta no está bien y por qué el lenguaje no es precisamente un objeto matemático; para después entender que si se considera al lenguaje como un concepto matemático entonces este autor es perfectamente coherente con esta premisa... Porque necesariamente, si se parte de esta premisa, necesariamente se llega a estas conclusiones: un álgebra del lenguaje. Porque él entiende que es un objeto puramente formal. Lo que hay que hacer es demostrar que no es un objeto puramente formal.

Si se adopta este punto de vista, advertimos que siempre hay algo de verdad y que la gente de buena fe no quiere engañarnos, sino que quiere decirnos algo genuino que se refiere efectivamente a este objeto. Y que se impone incluso determinados sacrificios porque, por ejemplo, decide limitarse sólo a lo que puede comprobar y a no decir nunca lo que comprueba en sí mismo, porque esto los otros no lo ven. Este hace un sacrificio enorme y se impone un rigor metodológico extremo porque no puede decir lo que sabe, porque el otro no lo puede comprobar.

Asimismo, quien se propone estudiar el lenguaje sólo desde el punto de vista formal, desde luego que se impone un sacrificio enorme y por tanto hay que respetar ese sacrificio. Hay que decir si no se está de

acuerdo, pero al mismo tiempo hay que decir: Bloomfield y Jespersen son de los lingüistas más grandes. Y algunos dicen: ¿y cómo Coseriu dice que son los más grandes y luego dice que no está de acuerdo con ellos? Precisamente por no estar de acuerdo se advierte también su grandeza.

Esta es mi idea acerca de la lingüística y de cómo debería enseñarse. Hoy es sumamente difícil enseñar lingüística por la enorme variedad de tradiciones que se han ido estableciendo y por la enorme cantidad de hechos que se han ido descubriendo.

Ahora veo, por ejemplo, introducciones a la lingüística o manuales de lingüística que tienen contenidos casi radicalmente diferentes. En uno por ejemplo se ven estructuras gramaticales en varias lenguas, y en otras, al contrario, los problemas generales del lenguaje, relaciones externas del lenguaje con la sociedad, con la cultura, con la religión, con el mito, etc.

Creo que es bueno pasar a lo técnico en un segundo momento. Primero hay que insistir, en la enseñanza de la lingüística, en esta humanidad del lenguaje y por tanto en la interdisciplinariedad de la lingüística. Es decir, en lugar de decir que “el lenguaje es el fundamento del ser del hombre” hay que decir que ese fundamento es una forma de la cultura y al mismo tiempo, el fundamento de la cultura no lingüística exactamente. Hay que hacer que el alumno se entusiasme, aunque no vaya a ser lingüista; que se entusiasme a través del lenguaje, que vea a través de esa complejidad y que vea todas esas relaciones con la historia, con el ser del hombre, con el vivir espiritual del hombre, etc.

¿Cómo encaja en la enseñanza del lenguaje el habla, el lenguaje empleado en los medios de comunicación, etc.? Hay que señalar primero, que el lenguaje como tal es “*logos semantikos*” (expresión humana intencional con significado) y que esto es el fundamento de todo lo demás.

Podemos decir que puede tener determinaciones ulteriores. Puede tener una determinación racional. Entonces tenemos un lenguaje que es semántico y además de ser semántico, como decía Aristóteles, es también *apofántico*: sirve para establecer la verdad, para la discusión en la ciencia, etc. También podemos decir que puede haber un lenguaje semántico pero después con una determinación pragmática, práctica, etc.

Todo esto: el lenguaje como instrumento en la vida práctica e incluso el empleo del lenguaje como instrumento de la enseñanza de la comunicación, de la comunicación internacional, etcétera, pertenece al empleo práctico. Nos falta en la actualidad aquel interés por el lenguaje, por parte de varias disciplinas, y la concentración en el lenguaje que tenía la educación antigua y la medieval.

No debe extrañarnos ver que los antiguos y los medievales escribían siempre bien. ¿Por qué escribían siempre bien? Porque tenían una

educación lingüística mucho más compleja que la nuestra. Todo el llamado *trivium* era exclusivamente lingüístico. Con él se empezaba la educación general para pasar después a la ciencia de las cosas. Se estudiaba primero las ciencias de la expresión: gramática, retórica y dialéctica. En la gramática se estudiaba la estructura de la lengua para cualquier circunstancia, para cualquier contexto. La retórica enseñaba el empleo de la lengua en tales y cuales situaciones, esto es, cómo se habla a un niño, cómo se habla a un anciano, cómo se habla a una persona de respeto, cómo se habla de las cosas solemnes, etc. Y después la dialéctica, el uso particular del lenguaje en la discusión científica y filosófica.

Todo esto se hacía con ejercicios, que podían ser a veces aburridos, con los que se llegaba a tener la práctica que nos hace después olvidar las reglas y las normas y poder infringirlas, pero con intención. No es lo mismo no conocer la norma y otra cosa es ir más allá de la norma, porque yo quiero romperla con alguna intención, porque quiero decir algo de forma particular.

Esta educación lingüística la teníamos antes. Por esto también la enseñanza del idioma nacional, que nadie lo puede hacer fuera del profesor de idioma nacional, debe convertirse en educación lingüística. Se debe educar lingüísticamente. Lo han reconocido en algunos países, pero en los países hispánicos todavía estamos lejos. Esto implica que todo profesor debe ser profesor de idioma. Si un profesor enseña matemática o historia, debe entenderse que también debe enseñar aquel lenguaje que emplea el matemático, que emplea el historiador, etc.

En cambio, nosotros, en los países americanos tenemos este principio de que todo esto es asunto del profesor de idioma y que un escrito (de historia, matemática o lo que fuere) puede estar muy mal, lleno de errores de ortografía, pero si las fechas, en el trabajo de historia, están bien entonces el trabajo está bien. Y lo mismo sucede en otras asignaturas.

En Francia, una persona no puede pasar el curso de matemática si comete errores de ortografía, o sea que aunque las soluciones estén bien, si hay errores el alumno no pasa.

El principio es este: hay que entender que la enseñanza del idioma nacional debe convertirse en educación lingüística. Esto se ha interpretado desde Américo Castro –quien escribió precisamente sobre ese problema de la enseñanza del español en España– como que es preciso enseñar lengua y no gramática. Es un error. Claro que hay que enseñar la lengua, pero la gramática pertenece también a la cultura general y no es razonable que se sepan cosas de física y que no se sepan cosas de gramática. Sólo que hay que entender que la gramática no está antes de la enseñanza de la lengua y del lenguaje, sino que está después. Es decir, después de que se

ha reconocido exactamente el modo como funcionan los adverbios y que el alumno ha aprendido a formar adverbios y advertir cosas como que de *joven* no hay adverbio (porque no se dice **jovenmente*), que de *lleno* no hay adverbio pero sí hay de *pleno*, etc.

Estas cosas el alumno en gran parte las sabe intuitivamente. Después que ha aprendido esto, al alumno se le dice: “esto se llama adverbio”. Este es el alfiler que fija su conocimiento. Hay que darle la impresión al alumno que él lo sabe –y en efecto en gran parte lo sabe– y que lo va descubriendo él mismo.

Hay que procurar que la enseñanza gramatical no sea una nomenclatura vacía, puesta antes. Debe darse después de que ya hay cierto conocimiento reflexivo. Para fijar este conocimiento se fija mediante la gramática. Entonces el alumno ve, por ejemplo cómo se forman los adverbios, ve que hay diminutivos de los adjetivos, cómo se forman, etc. Así por ejemplo, decimos: ¿Qué color es este? *Rojo*. ¿Y este otro? *Rojizo*. ¿Y de *amarillo* también dirías **amarillizo*? No, ahí se dice “*amarillento*”. ¿Y de *blanco*, también dirías **blanquento*? No, ahí diría *blancuzco*.

Se trata de fijar aquello que el alumno ya sabe o va descubriendo. Se fija así ya en moldes, en conceptos. Se pasa de la actividad al concepto. Esto requiere muchísimo tiempo y lamentablemente, existe la actitud (en el mundo hispánico sobre todo) de hablar de cualquier modo con tal que se entienda. Y lo segundo, tenemos precisamente para esta enseñanza pocas horas. Se le considera como una sola disciplina y no como una que abarca otras y por tanto necesitaría de más horas, de más educación, etc.

Se deben aprender las reglas, entenderlas de manera reflexiva pero después de haberlas advertido intuitivamente. Después de haber advertido que tenemos esta posibilidad de uso creador del lenguaje y podemos modificarlo. No se imagina lo que el alumno descubre cuando se enseña así.